

guntó: «¿Quién está ahí?» Los servidores contestaron: «Es Hamán, vuestro primer ministro». Era Hamán, efectivamente. Desasosegado también él durante aquella noche, había madrugado para arrancar del rey una orden que le permitiera deshacerse del hebreo aborrecido. Asuero le hizo entrar y le habló de esta manera: «¿Qué debe hacerse con un hombre a quien el rey quiere honrar?» Hamán, creyendo que se trataba de él, contestó: «El hombre a quien el rey desea honrar debe ser vestido de vestiduras reales y montar sobre un caballo de los que monta el rey, y llevar sobre su cabeza la corona real, y atravesar las calles y plazas de la ciudad, precedido por el primero de los príncipes del reino, mientras el pregonero dice delante de él: «Así es honrado aquel a quien el rey quiere honrar». Y el rey le dijo: «Hazlo así con el judío Mardoqueo, que está sentado a las puertas del palacio».

Llegó, entretanto, la hora del convite, tan suspirado por el primer ministro. Al principio todo marchaba bien, pero después de las primeras copas, dijo a Ester el rey Asuero: «Ya es hora de que me digas lo que desees; aunque me pidas la mitad de mi reino, la alcanzarás». Y Ester contestó: «Si he hallado gracia delante de tus ojos, ¡oh rey!, concédeme la vida a mí y a mi pueblo; pues tanto yo como mi pueblo estamos condenados a la ruina y al exterminio». —«¿Quién tendría valor para hacer semejante cosa?», preguntó Asuero. —«Hamán, señor», contestó Ester, este malvado aquí presente». Quedó Hamán yerto de espanto; el rey se levantó lleno de indignación, y en medio de la confusión, uno de los servidores dijo estas palabras: «En casa de Hamán hay una horca de cincuenta codos, preparada por él, para colgar a Mardoqueo». —«Colgad en ella al mismo

Hamán», ordenó el rey. Y así se hizo aquel mismo día. Mardoqueo, entretanto, tomaba posesión del puesto ocupado anteriormente por su rival, y mandaba revocar el decreto. La alegría fué general entre los judíos, que en conmemoración del hecho, celebran todavía los días 14 y 15 del duodécimo mes, la fiesta de Purim, es decir, de las suertes, establecido por orden de Mardoqueo.

### *Historicidad*

Tal es, en sustancia, el relato que nos ofrece el libro de Ester. Muchos creen que fué escrito por el mismo Mardoqueo, a raíz de los sucesos. Algunos, sin embargo, llevados de un criterio racionalista, se inclinan a creer, como en el caso de Judit, que todo es puramente imaginativo y novelesco. Dicen que la figura de Ester es desconocida en la historia profana; que el nombre de Asuero no aparece en la lista de los reyes persas y que la misma orden de matanza general parece inverosímil y arbitraria. Esta última afirmación es contraria a la realidad, por la cual sabemos de numerosos programas que ensangrentaron los países del Oriente, tanto en los tiempos antiguos como en los modernos. Por otra parte, la no existencia de la contraprueba extrabíblica no tiene valor ninguno contra el carácter histórico del libro, pues son sumamente incompletos los conocimientos que tenemos acerca del imperio persa. Por lo demás, todo este relato encaja plenamente en las costumbres y en la cronología y se armoniza con cuanto sabemos de aquella sociedad oriental. No cabe una descripción más fiel de la vida del serrallo de un soberano antiguo; los caracteres están pintados con gran verdad psicológica, y la fiesta de los Purim viene a confirmar que hay algo a que debe su origen. Un asío-